





EN BARRO TE CONVERTIRÁS



JOSÉ LUIS GISMERA

EN BARRO
TE CONVERTIRÁS



Primera edición: marzo de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis Gismera

ISBN: 978-84-17784-24-9

ISBN digital: 978-84-17784-25-6

Depósito legal: M-9700-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Algunos, poquísimos en verdad, se arrepintieron,
pidieron ser transferidos al frente, proporcionaron cautas
ayudas a los prisioneros, o eligieron el suicidio.
(*Los hundidos y los Salvados*. Primo Levi)

Cuando reflexionemos sobre nuestro siglo XX,
no nos parecerán lo más grave
las fechorías de los malvados,
sino el escandaloso silencio de las buenas personas.
Martin Luther King.
(Citado por José Luis Sampedro en *Los Mongoles de Bagdad*)



1

Lleva demasiado tiempo dentro como para haberse equivocado, él es de los «viejos» y sabe que los errores se pagan, que el castigo dependa de la arbitrariedad de los jueces y no de la gravedad del delito no puede hacer más que intranquilizarle, sin embargo, su lenguaje corporal no transmite ninguna intranquilidad. Está firmemente convencido de que los débiles, sumisos y temerosos atraen los golpes y la saña, o más que convencido, lo sabe bien. Si no puede defenderse con argumentos o excusas, intentará alegar con su cuerpo y la expresión de sus ojos, dada la situación son los únicos atenuantes que puede presentar. En función de esta creencia permanece inmóvil y puesto que la posibilidad de moverse no es una opción se concentra en transformar esa inmovilidad en seguridad; la cabeza erguida, la espalda recta y el pecho hinchado moviéndose al compás de una respiración serena. Sus ojos no miran al suelo, pero no buscan la confrontación, no puede sobrepasar la línea en la que la seguridad se transforma en soberbia y desafío. La insumisión sumisa es la imagen que quiere mostrar.

En comparación con la mayoría de sus compañeros no presenta mal aspecto; es el reflejo de eludir los trabajos más duros y de aportar regularmente algunas calorías extras a la precaria dieta oficial. Su traje está relativamente limpio, deteriorado por el trabajo y el tiempo, pero sin desperfectos llamativamente delatadores. El tímido sol de los últimos días ha secado el barro que estaba adherido a su traje y calzado y lo ha convertido en huellas.

Presencia y serenidad, es todo lo que puede presentar en su defensa, y no es poco, de hecho, estas dos cualidades han sido esenciales para poder sobrevivir el último año, sin embargo, sabe que serán otras circunstancias, ajenas a él, las que más influyan en el veredicto al que se someterá hoy.

Durante el trayecto al itinerante juzgado las lamentaciones habían ocupado su pensamiento, se preguntaba cómo podía haber sido tan torpe, cómo podía haberse confiado sabiendo que cada movimiento ilegal debía ir precedido de un rápido pero minucioso reconocimiento del terreno. Desde que su número había sido leído en voz alta no paraba de maldecir su exceso de confianza, su estupidez, su comportamiento de recién llegado...

Presente ante los jueces, los lamentos dejan paso al análisis del escenario y de los actores, aunque sabe que las inferencias que haga pueden ser desacertadas, es inevitable pensar en cómo puede acabar el asunto, el miedo busca distraerse adelantando acontecimientos. Las predicciones sobre la voluntad humana suelen fallar, aún más aquí donde la voluntad es absolutamente caprichosa e impredecible.

El lugar escogido para el juicio no le gusta demasiado, algo alejado de la ruidosa rutina, no parece que su castigo vaya a ser motivo de escarnio público. Servir de lección a sus compañeros no era una de las peores soluciones que había contemplado: ser castigado ante tantos observadores requiere de un proceso, también arbitrario, pero proceso, al fin y al cabo, que concluye habitualmente con algún correctivo físico. Además, el escarnio público le hubiera evitado enfrentarse a la incertidumbre pues se necesita un instrumental que elimina de inmediato casi cualquier divagación de lo que pueda ocurrir en los minutos posteriores. Si hay un potro de tortura, habrá un torturado, si no hay una horca, no habrá un ahorcado. Por otro lado, quiere pensar que, aunque no haya público, no quiere decir que el castigo no vaya a servir de lección, aquí la información se transmite de manera casi inmediata. Quiere creer que la elección del lugar sólo se debe a la comodidad de los jueces, y no a

la aplicación de la pena, pero más que una creencia es un deseo. Si él no fuese el implicado, su análisis sería mucho menos benévolo.

Los actores son un factor determinante en la aplicación de la pena, aunque los SS no son el *súmmum* de la coherencia, la personalidad de éstos puede proporcionarle bastantes indicios de cómo puede desarrollarse el castigo. Empieza su análisis por Kremer, es el *Arbeitsführer* de su *Kommando*, un buen *Kommando* formado por hombres de oficios. Trabajan acondicionando casas que serán habitadas por oficiales nazis. Jacob Halévy, el acusado de esta escena, lleva un par de meses en este *Kommando*, su condición de carpintero le ha valido para ganarse la plaza en él, el trabajo es agradable, a cubierto, fuera del campo de concentración y con posibilidades de organizar. A la hora de trabajar se ve quién está en el *Kommando* por méritos profesionales y quién por haber pagado la correspondiente cuota de soborno. En su conjunto forman un buen equipo de trabajo, los no profesionales se afanan por colaborar atendiendo las indicaciones de los que conocen bien el oficio. No hay ningún hombre que no trabaje.

Kremer es un tipo de mediana estatura, más bien corpulento, siempre bien peinado, hacia atrás y ligeramente a la derecha desde la raya. Los intimidantes rasgos de su rostro son suavizados por unos ojos verdes grandes y expresivos, unos ojos de mujer. No es guapo para los hombres, pero es bastante atractivo para las mujeres.

Kremer se limita a cumplir con su trabajo, vigila en la distancia, esto es bueno para los presos, porque cuanto más cerca esté un SS, más probable es recibir un golpe. Kremer, cada mañana, después de hablar con los vigilantes, se dirige al *Kapo*, le da las órdenes que quiere que se cumplan y estipula el trabajo que debe hacerse antes de que llegue la hora de regresar al campo; después se retira. Durante la jornada de trabajo, hace dos someras rondas de inspección, sólo aumenta la frecuencia y duración de estas si no está contento con la marcha de las obras. Nunca se dirige a los

presos, ni para hablarles ni para juramentar. Es un tipo silencioso, si tiene algo que decir llama al *Kapo*, un alemán de triángulo rojo, y le indica lo que quiere, será entonces el *Kapo* quien presione, quien mande tirar un muro imperfecto o repintar una pared. Todos los que forman el *Kommando* saben que el descanso y la confortabilidad del trabajo dependen del ritmo de este: debe ser tranquilo, sin esfuerzos absurdos e intentando siempre que los progresos sean visibles. Aunque se han convertido en esclavos hacen bien su trabajo, es como si ello les sirviera para seguir siendo libres; lo único que boicotean es el ritmo, no la calidad del trabajo: hacer bien su trabajo y despacio es bueno para sus vidas y para sus espíritus, lo saben y actúan en consecuencia.

Con los vigilantes Kremer tampoco tiene demasiada comunicación, habla con ellos, pero no tiene largas conversaciones, intercambia frases mientras fuman un cigarrillo, pero enseguida se retira a descansar en alguna silla pérdida por las dependencias de las casas a rehabilitar. Cojea ligeramente de la pierna izquierda y no pasa demasiado tiempo de pie. Los presos le conocen como «el cojo». El campo es un lugar donde cualquier tic o anomalía física, por pequeña que ésta sea, se convierte en nombre. Fuera de este entorno sería una cojera apenas perceptible, aquí es lo suficientemente llamativa como para poder distinguirlo de los demás. Namías, un polaco judío que antes se ganaba la vida como vendedor ambulante por las calles de Katowice y ahora en el campo se resiste a perderla disfrazado del albañil, fue el que le puso el apodo. La destreza de Namías para poner moteles se deriva de la continua mofa que ve en los demás, todo le parece una comedia. Ni siquiera para poner este sobrenombre tan evidente nadie pudo adelantársele, sólo él podía ser el primero en reírse de la cojera de Kremer porque él se ríe de todo, incluso de estar en el Lager, incluso de él mismo, incluso de la fragilidad que tiene la vida en un lugar como este.

Kremer es un buen jefe. Aunque no tiene reparos para golpear cuando la situación lo requiere, nunca lo hace con entusiasmo ni

con vehemencia. No es violento, es más bien pura formalidad, sus golpes tienen que ver con hacer cumplir lo establecido, con su papel de funcionario. Jacob Halévy se había detenido en ocasiones a imaginar cómo sería Kremer antes de la guerra, fuera del campo, se lo imaginaba como un hombre tranquilo, educado, querido por los suyos, pero sin ser demasiado afectuoso. Conociendo a Kremer, si tuviera que apostar por lo que va a ocurrir, diría que le van a caer veinticinco latigazos.

Que Deimler, su jefe de bloque, también se halle presente, le preocupa más. Este encuentra una morbosa satisfacción en golpear a los prisioneros, se recrea descargando su fusta de nervio de buey sobre las espaldas encorvadas de los presos. Verdaderamente detesta a los que él llama «despojos asociales vestidos a rayas», disfruta del poder que tiene sobre ellos para aplicar a su antojo violencia y justicia. Es un buen jefe de bloque, no para los prisioneros, sino para los alemanes: cumple todos los requisitos para permanecer indefinidamente en su cargo, un SS bien instruido que sigue al pie de la letra la pedagogía basada en el odio del instructor SS-Oberführer Eicke.

Halévy conoce bien a Deimler. Si es él quién aplica el castigo, tocará sufrir. No es un asesino, sólo le ha visto mandar a un preso a la horca y lo hizo de forma «justificada». Su *modus operandi* tiene más que ver con hacer daño que con matar. El problema es que se divierte tanto con cada golpe que lanza que el castigado por momentos preferiría haber sido sentenciado a muerte; cuando los golpes acaban, a veces la vida tampoco está asegurada. En un lugar donde el lisiado es apartado, las secuelas de tan tremenda paliza pueden pasar una elevada factura. Bien pensado, tal vez sí que sea un asesino, lo que no le gusta es matar sin dolor.

Halévy deberá prepararse si la fusta sostenida por el brazo tenso y remangado de Deimler percute con avidez sobre su cuerpo, deberá endurecer los costados, ofrecer las partes del cuerpo que soporten mejor los impactos y en las que los daños sean menos perjudiciales. Las nalgas, las nalgas son un buen sitio, duelen, pero

es un dolor que no le limitará demasiado en su rutina, no hay muchas oportunidades para sentarse a lo largo del día, tan sólo una vez que se ha pasado la última revista y nadie va a morir por tener llagas en el culo. Halévy es frío, no olvidará por muy fuerte que sea el dolor que cada golpe que reciba puede determinar su futuro, no se relajará hasta que la mandíbula de Deimler se destense y la fusta cuelgue en descanso, debe prepararse mentalmente para aguantar.

Kremer se dirige brevemente a Straub, el *Kapo* que ha escoltado al acusado de robo Jacob Halévy hasta el lugar de su juicio. Straub asiente a las indicaciones del Arbeitsführer y, después de mirar de soslayo a Halévy para despedirse, emprende camino de regreso hacia su jergón de preso prominente.

En la escena sólo quedan los tres. Deimler dirige la conversación y Kremer la sostiene con sonidos guturales de confirmación y frases cortas. Halévy les observa sin apenas mirarlos. Intenta captar alguna palabra que su funcional alemán le permita entender. Para la torre de Babel que es un campo de concentración, Halévy llegó mejor preparado que otros, su adaptación había sido más rápida y había evolucionado mejor que la mayoría de los seleccionados para trabajar en el campo. De los que habían llegado junto a él en abril del cuarenta y tres por condiciones, era de los que tenía más posibilidades de alargar su vida. Había aprendido las suficientes palabras en alemán como para no recibir un golpe por no entenderlo. Su método de aprendizaje había sido simple, la imitación, antes de poder comprender cualquier orden alemana entendió que debía imitar desde el primer día a los que mejor se desenvolvían en el Lager, esa fue su primera palabra en alemán, imitar. En lo que se refería a alejarse de los SS y personajes poco recomendables lo aprendió por sí mismo.

Aunque el Lager no era un buen lugar para aprender, Halévy se aplicó a la tarea de acercarse a todo aquel que podía enseñarle algo. No había profesores con tiempo para enseñar, bastante tenía cada uno con ocuparse de sí mismo, ni que decir tiene que el aula no

reunía las mínimas condiciones, pero, aun así, la inquietud y necesidad le hicieron progresar rápidamente. Pronto manejaba todas las órdenes y algunos términos que le permitían negociar, trapichear, intercambiar objetos, ser hábil en el trueque, lo que se conoce en el argot del Lager como «organizar». A los pocos meses había aprendido el alemán del campo.

En un entorno donde el darwinismo social tenía la más cruel de sus expresiones Jacob Halévy era una especie aventajada. Las palabras en el Lager eran importantes, no como lo podían ser fuera, elaborar brillantes discursos o jugar con las palabras aquí no servía de mucho, al menos no para los judíos. Para los presos gentiles que gozaban de mejores condiciones de vida, la palabra podía ser un valor añadido a la fuerza y la aptitud, una ventaja comparativa, nunca un valor central desde el cual intentar sobrevivir. Los intelectuales y los endeble que parecían intelectuales eran detestados por los SS y por los presos en los que los alemanes habían delegado el mantenimiento del orden. Aquí las palabras eran importantes para aprovechar oportunidades, para tener información y poder negociar con ella. Tener la habilidad de desenmarañar el entramado de lenguas y nacionalidades del Lager hacía que Jacob Halévy tuviera más posibilidades que otros para vivir dentro de la alambrada.

El judeoespañol es la lengua de su hogar, el sonido de los suyos y de las callejuelas introspectivas de su barrio de Salónica, es el idioma de los judíos sefardíes que han llegado hasta Auschwitz. Estos griegos que apenas hablan griego son los únicos representantes del sefardismo en el Lager; los búlgaros han tenido la suerte de no ser traídos hasta aquí ante la poca colaboración de las autoridades búlgaras con los nazis, más por interés que por filantropía eso sí, y la comunidad serbia se ha quedado en el camino, en Jasenovac, donde los ustachas croatas de Ante Pavelic han dejado, con una sádica eficacia, su tierra libre de judíos: *judenrein*.

Aunque el judeoespañol sólo es el idioma de los griegos, a Halévy también le sirve para hablar con los italianos del Lager. A pesar de las diferencias que existen entre ambas lenguas, hay quién tiene

la habilidad, a partir de las similitudes, de conciliarlas perfectamente, y Halévy es uno de ellos. Él entiende a los italianos, un grupo más con el que poder organizar y del que obtener beneficios. De entre los italianos, Halévy ha entablado buena amistad con un pequeño preso de Turín llamado Primo, también de origen sefardí, pero que sólo habla italiano. La noche pasada ha estado conversando con él después de que se pasara revista:

—Siempre estáis ahí, inmóviles, silenciosos, como esfinges, agazapados detrás de las escudillas de potaje denso. Sois los más coherentes, vuestro comportamiento como grupo nacional es una gran fuerza para cada uno de vosotros, estáis decididos a vivir: los alemanes os respetan y los polacos os temen¹ —le decía Primo, a lo que Halévy le contestó sonriendo:

—Bueno... Somos mediterráneos como vosotros, nuestras vidas se organizan peor y por eso podemos adaptarnos mejor a las circunstancias. No hemos sido griegos nunca, pero hace algún tiempo empezamos a creerlo. Nuestro presidente se ha portado bien con los judíos, nos comportamos como una comunidad, pisaremos a un polaco, también a un italiano como tú. Je, je. Pero no a un sefardí griego. Nos respetamos aún en esta miseria. La tierra griega es fértil en hombres duros.

Con el francés, Halévy también se desenvuelve, asistió a la escuela de la Alianza Israelita Universal. En esta escuela financiada por los Rothschild, las clases eran en francés y la ideología era acercar a los judíos de oriente a occidente con una formación moderna, ilustrada, dejando fuera supersticiones y miedos. El padre de Jacob Halévy, de nombre también Jacob Halévy, había puesto todo el empeño en la educación de su primogénito, había querido una educación occidental para su hijo, pensaba que el francés le colocaría en una posición privilegiada en la sociedad de Salónica, no sólo personal y culturalmente, sino sobre todo de cara a posibles

¹ Basado en la opinión que expresa Levi sobre los griegos en *Si esto es un Hombre*. Levi estuvo preso en el campo de concentración de Buna Auschwitz. Esta obra está ambientada en Auschwitz Birkenau. Ambos formaban parte del complejo de Auschwitz.

negocios futuros de la empresa familiar. El hebreo también estaba presente en la escuela.

Y el *Yiddish*, cómo no, el *Yiddish*, fundamental. Halévy lo aprendió en la casa de su tía Sarah, donde el número de horas de estancia de Jacob Halévy aumentaba en función del estado de salud de su siempre frágil madre, al morir ésta siendo Jacob un jovencuelo, la casa de su tía se convirtió prácticamente en su hogar. En el Lager el Yiddish es la primera lengua.

Halévy había llegado sabiendo, y había aprendido estando, los sonidos abruptos y desagradables de las lenguas desconocidas; se convierten en significados para él, saca ventaja de un tralenguas cuya incomprensión para otros se convierte poco más o menos que en una sentencia de muerte.

Pero más allá del hecho de ser poliglota, lo que de verdad hace que Jacob Halévy sobreviva cada día es su personalidad vitalista y su dureza, se mueve con inteligencia y seguridad, cualidades que ha mostrado desde su niñez y que ha fortalecido con la experiencia. El egoísmo y la falta de escrúpulos los ha adquirido en el Lager, no vacila en empujar a alguien si con ello obtiene algún beneficio. En su vida anterior, Halévy había sido un empresario ambicioso, pero con el suficiente sentido de la ética como para no infringir la conducta moralmente aceptada, aquí esos límites se han desvanecido, no se puede ser solidario si eso implica gastar un gramo de fuerza, si hacer el bien a alguien implica debilitarse a uno mismo es mejor mirar para otro lado. Algún consejo bien intencionado a los nuevos es todo lo más que Halévy está dispuesto a dar sin contraprestaciones, el resto del tiempo todas sus acciones se orientan a obtener beneficios, ya sea algún alimento extra o materiales robados con los que negociar, «organizar». En las primeras semanas en el campo decidió vivir y para ello los demás no importan demasiado, lo que importa es uno mismo.

Los Halévy eran una familia bien situada en la sociedad de Salónica, una familia que no había subido a ninguno de los diecinueve

trenes de deportados judíos que realizaron el trayecto Salónica-Auschwitz, una ciudad polaca aún desconocida, pero que ya estaba haciendo méritos silenciosos para convertirse en un referente en la identidad colectiva judía. Y no habían subido, a excepción de un representante, Jacob, nuestro Jacob, porque cuando partieron los diecinueve trenes hacía casi un año que vivían en Haifa. A la vista de los acontecimientos que iban sucediendo en su ciudad y las intenciones de los alemanes de convertir Europa en su *lebensraum*, su espacio vital, los Halévy emigraron a Palestina. Los dos Jacob Halévy, padre e hijo, decidieron que el viaje iniciado en Sefarad necesitaba de una estación más a pesar de que ellos nunca se hubieran marchado voluntariamente de Salónica, la Jerusalén de los Balcanes era para ellos su lugar en el mundo. La decisión de marchar en realidad había sido del hijo, debido a la edad de ambos ya se había dado el relevo generacional en cuanto a la toma de decisiones familiares se refería, el padre había sido desplazado a órgano consultivo, aunque, eso sí, un órgano consultivo muy tenido en cuenta, para Jacob hijo su padre era la persona más respetable del mundo.

—Padre, no me gusta la situación, me preocupa lo que pueda ocurrir en el futuro... Seguimos ganando dinero, pero la ocupación dificulta cada día más el negocio... De todas formas, eso no es lo más importante, hay otras cosas que me preocupan más: no le gustamos a los alemanes, nos insultan, nos agreden y han cerrado nuestros periódicos. Se han llevado a muchos hombres a trabajar a las canteras y no sabemos hasta dónde serán capaces de llegar. Hace tiempo que lo pienso y, aunque es difícil, creo que ha llegado el momento de marchar, de irse de Salónica.

El viejo Jacob, a medida que había cambiado el papel de cabeza de familia por el de sabio de familia, acostumbraba a sentenciar más que a conversar:

—Al igual que Dios, los alemanes también han elegido a nuestro pueblo, pero para otra cosa muy diferente, me parece una decisión acertada hijo —fue la contestación a la propuesta y añadió—: Marchemos entonces.

Aunque no era un hombre religioso, había incluido a Dios en su respuesta. El viejo era un hombre bien informado; en una pequeña mesita del salón situada junto al desgastado sofá que sólo podía usar él, siempre había varios periódicos. El pro-nazi *Nea Europi* era un habitual en los últimos tiempos, en aquellos momentos era más importante conocer las opiniones de los enemigos que leer aquello con lo que se estaba de acuerdo, aunque eso sí, leer las páginas del *L' Echo de Salonique* continuaba siendo una obligación para él. De vez en cuando, antes de que los nazis lo cerraran, también compraba el francófilo *L' Progrés*. Jacob Halévy hijo sonreía al ver a su padre enfrascado en la lectura de aquel periódico francés. A pesar de que no manejaba el idioma del país de los viñedos y el arte la gran admiración que sentía por la cultura gala le hacía pasar las hojas con entusiasmo. A veces incluso parecía entenderlo. Llamaba a su hijo y le comentaba alguna noticia que le indignaba mientras golpeaba enérgicamente con el dedo índice el titular. Jacob Halévy hijo siempre pensó que su padre era capaz de comentar aquel periódico por la lectura previa que de otros había hecho, pero llegó incluso a dudarlo ante la convicción con la que su padre expresaba sus desacuerdos o acuerdos con las noticias publicadas.

Tomada la decisión se iniciaron las gestiones para marchar a Palestina. De la noche a la mañana se convertían en sionistas a pesar de que nunca les habían convencido aquellas ideas ni el empeño de algunos judíos de que todos los judíos tuvieran que vivir en la tierra prometida. El plan de Jacob Halévy debía incluir a un importante número de miembros familiares: a su padre el sabio, a sus tíos Ariel y Sarah, ambos muy importantes en su vida... El tío Ariel era un habilidoso carpintero y la tía Sarah era una judía rumana. Del primero, Jacob adquirió como *hobby* su afición por la madera, y de la segunda el *Yiddish*. Nadie hubiera imaginado que ambos aprendizajes le valdrían para «ganarse» la vida en el Lager.

Los demás viajeros: Ester la mujer de Jacob Halévy, sus hijos (Estela, Helena y el pequeño y deseado David), Efraím, el hermano pequeño de Jacob, y su esposa, los hijos de estos y Samara,

la segunda mujer de Jacob Halévy padre, que debido a su infertilidad no había hecho crecer más la familia, en total 13 personas. La madre de Jacob Halévy había muerto de anemia en el parto de Efraím... El recuerdo que había quedado en Jacob de ella era el de una mujer enferma que siempre estaba a punto de morir. La inclusión de la madre de Ester y suegra de Jacob Halévy había sido tema de discusión debido a su avanzada edad y torpeza de movimientos, pero ella misma se encargó de zanjar el debate decidiendo que se quedaba en Salónica, la que había sido siempre su tierra y de la que no se iba a mover.

Para no tener que defender su postura ni escuchar los lamentos de su hija, una buena noche decidió que había llegado su hora. Durante el día tuvo una energía que hacía recordar a la mujer de antaño, no paró de limpiar la casa, allí donde se podía acumular alguna mota de polvo llegaba el trapo de la anciana, la eficacia era relativa, pues después de pasar el trapo quedaban dibujadas distintas líneas y formas de polvo que reflejaban la debilidad de su mano y el deterioro de su vista. Se movía por toda la casa, de forma lenta pero constante, como un corredor de fondo que ha agotado sus fuerzas y sin llegar a detenerse reduce el ritmo para alcanzar la meta. Los pequeños y ralentizados pasos fueron innumerables aquella tarde, incluso colgó las sábanas a secar a pesar de que apenas alcanzaba la cuerda de tender. Las protestas de su hija para que dejase de moverse cayeron en saco roto. Sólo cuando ella decidió que había llegado la hora de cenar dejó de hacer las tareas. Cenó con las ganas de una joven, recorrió con la mirada a todos los presentes en la mesa, de uno en uno, para después disculparse y retirarse a su alcoba a descansar.

La familia transformaría aquella tarde de la abuela en anécdota familiar imperecedera, para despedirse había querido dejar la casa limpia y recogida rememorarían, y si iba a dormir para siempre mejor hacerlo con la barriga llena que con hambre. Fuera casualidad o no, lo cierto es que la abuela pareció querer dejarlo todo en su sitio antes de marchar y aquella misma noche murió en su cama.

Las trece personas emprendieron el viaje por una Europa ocupada de beligerantes nazis. Los contactos comerciales y los funcionarios sobornables hicieron que veinte días después toda la familia llegase a Haifa. Un viaje difícil que el dinero de los Halévy convirtió en un éxodo algo menos penoso. Sin embargo, el dinero se acabó, Jacob Halévy hijo no llegaría colmado de bienes desde Salónica como se había planificado y no podría evitar que su familia fuese tratada como judíos de segunda clase por los asquenazíes en Haifa. Serían mirados con condescendencia por el nuevo judío nacido en Israel, un judío soldado que no se dejaría avasallar como se habían dejado avasallar sus parientes europeos. La expedición había atravesado Bulgaria, y desde allí partió a una Palestina en la que la Haganá burlaba como podía las restricciones inmigratorias que el libro blanco británico imponía a los judíos.

Jacob Halévy no llegó a Haifa, sí saldría de Salónica, pero su destino sería Auschwitz. Se encargó de elaborar el plan de evacuación de la familia para después confiar en la capacidad de liderazgo y decisión de su padre y su tío, que ya no eran jóvenes, pero seguían llenos de tesón y responsabilidad. Había establecido los contactos necesarios y había sobornado y contratado a las personas oportunas para que su familia llegase a Palestina. Para evitar que nadie se saltase los acuerdos, estableció los pagos en dos partes: una al salir y otra cuando tuviera noticias y la certeza de que su familia había llegado a destino sana y salva. Se despidió de los suyos cuando subieron al tren, ya con pasaportes de gentiles griegos. Desde el andén les deseo un camino de leche y miel.

Si Jacob Halévy se quedó en Salónica fue por dos motivos: primero porque, a pesar de la evidencia de que los alemanes no tenían muy buenas intenciones para con los judíos, no podía imaginar que un pueblo tan culto como el alemán fuera capaz de imaginar una solución final, y segundo, porque en Salónica todavía había que borrar un pasado para asegurar un futuro. La idea de Jacob Halévy era aguantar hasta que la situación fuese insostenible; mientras tanto, iría vendiendo propiedades. Deshacerse de todo lo que su padre

y él habían logrado con tanto trabajo le resultaba difícil, pero su cordura le decía que no podía tardar demasiado. Rechazaba ofertas que él en su fuero interno sabía que debía aceptar, pero tampoco estaba dispuesto a mal vender tanto trabajo, a que hombres de negocios aprovecharan la presión alemana para realizar ofertas en otros tiempos irrisorias, si le ofrecieran un poco más tal vez...

Jacob Halévy padre había nacido en el seno de una familia muy humilde, no había ido mucho a la escuela, pero estuvo siempre aprendiendo, la curiosidad era el rasgo dominador de su personalidad, un rasgo que heredaría su primer hijo varón. Era capaz de observar y escuchar sin que su capacidad de atención se distrajera lo más mínimo. Preguntaba por todo lo que le interesaba y le interesaba casi todo. Así, no tardó mucho en ganarse la vida por sí mismo vendiendo todo lo que caía en sus manos, desde los pasteillos de su madre al pescado que compraba en el puerto y luego revendía. Lo vendía todo, hasta lo que no era vendible. Su carácter emprendedor le hizo subir peldaño tras peldaño.

El 4 de abril de 1909, tres años antes de que las guerras balcánicas convirtiesen a Salónica en una ciudad griega, nació el primer hijo de Jacob Halévy, otro Jacob Halévy. Ese mismo mes inauguraba su primer local destinado a la venta de telas, no sólo era su primer local, sino que era el verdadero inicio de una fortuna. Con el dinero que iba ganando, pudo invertir y diversificar sus negocios, las importantes plantaciones de tabaco situadas en Cavalla necesitaban de Salónica como centro neurálgico de transformación y distribución, y fue ahí donde los Halévy aumentaron prodigiosamente su patrimonio. Distribuían tabaco por todo el país. Sin ser de los más grandes distribuidores, tenían un volumen de negocio considerable, cargaban barcos a Serbia y vagones a Viena. La empresa creció rápidamente, el viejo Halévy primero y el primogénito después supieron dirigir con mano firme, pero amable, en los años de reivindicaciones y protestas de los trabajadores del tabaco los empleados judíos y griegos de los Halévy se mantuvieron al margen, sus condiciones de trabajo eran algo mejores que las de

otros trabajadores del mismo sector y el incipiente comunismo no encontró un campo demasiado abonado en su empresa.

El trabajo y la familia eran las dos preocupaciones de Jacob Halévy padre, preocupaciones que luego heredaría su hijo. La religión más que una preocupación era un problema, sobre todo en la época del gobierno de Venizelos, cuando se recortaron los privilegios de seguir siendo judío y se obligó a todos a descansar el domingo, sin distinción de fe. Demasiadas pérdidas cerrar dos días: domingo y *Sabbath*. Lo próspero del negocio no permitía excusarse en la necesidad económica para trabajar el día sagrado de los judíos, la necesidad eximía de tener que cerrar el *Sabbath*, pero los Halévy no conocían la necesidad, o sí, la habían conocido, pero ya la habían olvidado. Cerrar dos días era realmente un fastidio: menos negocio, menos dinero.

El viejo Halévy no era muy judío, al contrario, era lo menos judío que su vida le permitía ser. Asistía a los Bar Mitzvá, Brit Milá, a las bodas y a los cementerios. Los viernes solía asistir regularmente a la Sinagoga, pero de vez en cuando le surgía alguna dolencia o algún que otro impedimento que hacían que su mujer tuviera que recorrer sola el camino hacia el templo.

Salónica era una ciudad judía, todo lo que rodeaba a los Halévy era judío, a pesar del poco entusiasmo de Jacob Halévy padre por pertenecer a la comunidad no le quedaba más remedio que serlo, podía permitirse el lujo de pensar en los negocios en *Sabbath*, sólo su mujer se daba cuenta de que seguía pensando en dinero y le reprendía por ello; y si su esposa se descuidaba mezclaba las vajillas de la leche y el cordero, le decía:

—Jacob, ¿no te das cuenta de que ese es el plato de la carne? Tienes que ser menos descuidado, más respetuoso, no sé qué pasará el día que os falte...

Lo que pasó cuando ella faltó fue que su marido dejó de observar los rituales que ella se encargaba de recordarle, pero, eso sí, nunca mezcló las vajillas ni infringió los preceptos alimenticios.

Aunque le importaba bien poco desobedecer la ley de Yahveh no podía evitar acordarse de su esposa en cada alimento que comía y en cada plato que usaba. Jacob Halévy hijo era aún un poco menos judío que su padre, y lo hubiese sido menos si no fuera porque también tenía una mujer que le recordaba sus obligaciones.

El padre Halévy le decía a su hijo ante acontecimientos antiseemitas en la ciudad que no podían seguir siendo tan señalados:

—Somos judíos, pero si queremos vivir tranquilos, tenemos que empezar a creernos griegos, si no siempre tendremos problemas, siempre.

Cuando los judíos quisieron ser griegos, fueron obligados a marcharse de Grecia.

A Jacob Halévy le llegaron noticias de su familia desde Haifa, las trece personas habían llegado en buenas condiciones, cansados, pero en perfecto estado de salud, así que hizo el segundo pago por el viaje, cuando él quiso reunirse con ellos ya era demasiado tarde y no le dejaron partir. Le hicieron troquelar en una placa, en griego y alemán, que su empresa tenía dueño judío. La política de «arianización» le obligó a vender ridículamente sus negocios para después quitarle sin ningún reparo lo obtenido por la venta. Los acontecimientos se desencadenaban de un día para otro, un nudo oprimía cada vez más a la comunidad judía que había sido recluida en guetos. Jacob no era un ignorante crédulo, la realidad se imponía y estaba claro que el presente de los judíos era inquietante, miraba con odio a los judíos que colaboraban con los alemanes en la organización de la reclusión. Cuando se cruzaba con los policías judíos les exhortaba con vehemencia sobre su ceguera. Tampoco creía en el rumor que había hecho circular el rabino Koretz de que los judíos iban a ser desplazados a Cracovia, donde trabajarían y vivirían bien, incluso se habían distribuido *zlotys* entre los judíos griegos para que compraran y vendieran en ese nuevo destino. Halévy se iba cansando de discutir sobre lo absurdo de esas esperanzas y de lanzar improperios contra la condescendencia judía, más

aún cuando él era consciente de que también él estaba atrapado, que había sido otro idiota más que no había salido de Salónica a tiempo, todo por no vender a tiempo, ese «por un poquito más» lo había retrasado demasiado.

Un día, la policía se presentó en la vivienda en la que lo habían recluido, una casa pequeña y mal conservada, de dos habitaciones, que compartía con un matrimonio y sus dos hijos. Les comunicaron que tenían que salir de allí y que les reubicarían en la colonia del Barón Hirsch. El barrio que el filántropo barón había construido para ayudar a los judíos que huían de los pogromos de Kishinev era ahora utilizado por los alemanes para organizar la deportación.

A los pocos días, Jacob Halévy estaba subiendo a un tren, no tenía a nadie que le deseara un camino de leche y miel como había hecho él con su familia cuando partieron hacia Palestina, además, haber dicho esa frase en esta partida hubiese sido cuanto menos cínico sino grosero, era evidente que el viaje no iba a ser nada fácil, nada de miel, nada de leche. Los alemanes permanecían vigilantes mientras en los andenes la policía judía se ocupaba de llenar los vagones. En un constante goteo, las familias, con niños y viejos, se introducían en un tren cuya capacidad de viajeros desafiaba cualquier lógica que no fuera la del transporte de ganado. En el interior del diáfano vagón los ocupantes se mantenían de pie, no tenían apenas espacio para moverse, durante el viaje tendrían que hacer turnos para poder sentarse en el suelo.

Halévy subió en el penúltimo vagón acompañado de León Kupfer, su mano derecha en la empresa tabacalera, y la familia de este. La puerta se cerró cuando ya no quedaba ni un solo hueco, o más bien cuando los alemanes consideraron que se debía cerrar porque habían subido como treinta o cuarenta personas más desde que no quedaba un solo hueco. Se alzaban las quejas por colocar un brazo allá o por haber recibido algún pisotón aquí, se luchaba por cada espacio, por cada gota de aire...

Después del ajeteo por ver a dónde subían, por no perder a ningún familiar en el andén, por colocarse en el interior de los

vagones a base de codazos y empujones, los pasajeros enmudecieron: lo absurdo y dramático de la situación se imponía. Ni siquiera la insolencia infantil rompía el silencio con alguna pregunta o comentario impropio. Todos, mayores, jóvenes y viejos se mantenían expectantes en la penumbra, intentando agudizar el oído para escuchar lo que ocurría en el exterior, la calma se fue imponiendo en el andén tras ocupar los últimos viajeros el vagón final. El tren se puso en marcha después de algunos gritos alemanes. Aún había judíos que seguían pensando que era inconcebible que el viaje durase mucho, no podía ser que fueran más allá de las fronteras de Grecia, ningún hombre razonable podía amontonar a tal número de personas para realizar un viaje largo, ni siquiera el odio podía justificar una acción así. Para la mayoría en cambio el destino era Cracovia, un viaje estimablemente largo, pero aun así pensaban que en algún momento cambiarían de tren, porque viajar así hasta Polonia era imposible, las personas no pueden hacer viajes así. Jacob Halévy compartía la idea de que el destino podía ser Cracovia, pero no la de que fuera para trabajar y vivir mejor como algunos querían creer. Las horas pasaban y el tren no se detenía, algunos hombres conversaban sin poder mirarse a la cara, las voces más respetadas circulaban por encima de las cabezas intentando buscar la explicación de aquel viaje. Tras cuarenta y ocho horas de viaje ininterrumpido, las puertas se abrieron. Frente al tren se apostaban los guardias alemanes con sus ametralladoras para evitar cualquier estampida o huida, hipótesis que la realidad descartó de inmediato cuando los judíos bajaron desubicados, pero civilizadamente. El tren paró junto a un pequeño arroyo que discurría paralelo a la vía férrea, toda una procesión de sedientos se encaminó en busca del agua, sin correr, sin peleas, el arroyo era lo suficientemente largo como para evitar las disputas por obtener un trocito de orilla, se refrescaron y aplacaron la sed acumulada en dos días. Mientras recorrían el pequeño trayecto que separaba el tren del arroyo los más serenos buscaban una pista o algún letrero que les indicara donde estaban, pero era un terreno sin huellas.

Quedaban algunos rezagados, más bien rezagadas, que aun en una situación tan inusual como esta, no olvidaban su papel de madres, de dueñas de casa, y antes de dirigirse a beber se ocupaban de dejar limpios los vagones vaciando los recipientes que habían sido utilizados para orinar y cagar. Algunos vagones contaban con un cubo donde poder hacer las necesidades corporales, pero no en todos los casos, era una cuestión de suerte, como si no se hubiera hecho una buena previsión el número de cubos no coincidía con el número de vagones de deportados. Así, también podía verse a algunas mujeres que vaciaban botas que habían sido usadas a modo de letrina e, inexplicablemente, algún que otro orinal que algunas personas de esas que tienen un sexto sentido para predecir lo que va a ser necesario en un viaje habían incluido en sus equipajes. En algunos vagones se podía ver en las proximidades de las pequeñas ventanas y rendijas los rastros de los excrementos arrojados desde el interior, el viento se había encargado de extender la mierda por la pared exterior del vagón.

Después de dejar un tiempo para que los judíos se refrescasen, comenzaron de nuevo las voces alemanas. No eran muy eficaces, pues producían confusión más que otra cosa, pero acompañadas con empujones y la amenaza de sus armas se hacían más comprensibles. Cada uno subía de vuelta a su vagón, a buscar su espacio entre pisotones y enredos. Tras cerrar la puerta les esperaban otros dos o tres días de viaje sin pausa, dos o tres días para poder pisar tierra, refrescarse y desentumecer las articulaciones de nuevo. El cúmulo de horas de viaje y las pésimas condiciones de este hacían que la educación fuera desapareciendo, los viejos y los niños ya no eran respetados, no les dejaban los mejores sitios y se lanzaban gritos que pedían que un bebe callase o que los niños no se moviesen. Halévy observaba a las dos niñas de su amigo León Kupfer, aferradas a su madre sin quejarse, sin llorar y sin apenas moverse, le sorprendía la educación y capacidad de aquellas niñas para soportar la situación a la vez que se alegraba de no tener allí a sus hijos, ellos estarían correteando por las calles de Haifa.

Cuando se abrió la puerta por tercera vez, ya no era para beber y estirar las piernas, sino para dar respuesta a las numerosas cavilaciones que se habían hecho sobre cuál sería el destino de aquel viaje. Hombrecillos vestidos a rayas les apremiaban a bajar del tren mientras les susurraban confusos mensajes en hebreo o *Yiddish* que casi nadie entendía: «dame lo que lleves de valor, aquí no te va a servir de nada». «Chico, di que tienes más años si quieres vivir». «Dadme el oro, yo os lo guardaré para que no se lo queden los alemanes».

Jacob Halévy permanece firme, el estómago le recuerda que, como todas las noches, es la hora de la sopa aguada, se sorprende de que su cuerpo funcione como un reloj y de que el hambre sea capaz de desviar su atención por un momento cuando está punto de decidirse su castigo. Deimler sube el tono de voz, parece que está molesto con algo, pero Halévy intuye que no tiene nada que ver con su robo: no se dirigen a él, ni siquiera lo miran. En el sermón de Deimler cree entender un «*die nutte*». Halévy piensa que Kremer aunque no tiene que preocuparse por su vida también está incómodo, seguramente no le guste un tipo como Deimler, sólo les une el uniforme y Alemania, nada más. Kremer se aburre, sólo hace algunos movimientos de cabeza que acompaña con un «ju, ju» sin abrir los labios: está deseando marcharse de allí, su posición corporal amaga con marcharse en cuanto Deimler le dé la más mínima oportunidad.

«Está jodido —piensa Halévy—, Deimler es el que va a pegar, es el dueño de la situación y al único que le agrada estar aquí». Por primera vez, después de bajar el tono de sus palabras, el jefe de bloque está hablando sobre él, lo mira, hace un gesto con la palma de la mano cómo si estuviera presentándolo al público, comienza a caminar a su alrededor, Halévy se prepara para el primer golpe, sus ojos se cruzan con los de Kremer, definitivamente los dos preferirían estar en otro lugar, en un lugar que estuviera lejos del campo.